

esto el primer acto del soberano fué decretar un empréstito por un capital nominal de ocho millones de libras esterlinas, al interés del 6 por 100; pero la misma pobreza que hacía necesario el empréstito parecía ser un obstáculo para que prosperara. En tales circunstancias, el gobierno francés apadrinó al nuevo imperio é interesó en el negocio á la plaza de Londres, rehabilitando los bonos ingleses del 3 por 100 de cierto empréstito mexicano de 1851, cuyos intereses no se pagaban desde hacía más de diez años, y ofreciendo que estos bonos serían inscritos en el Gran Libro de la deuda exterior mexicana y que los cupones vencidos y no satisfechos serían capitalizados, excepto uno que se pagaría en metálico, lo cual era una cosa completamente nueva. Una vez reducidos de este modo los ingleses, púsose gran cuidado en determinar muy claramente que nada de común existía entre la antigua república y el imperio nuevo; y á este efecto se creó en París una comisión denominada de la *hacienda mexicana*, cuyo presidente fué un francés de alta posición, el Sr. de Germiny, senador, ex ministro y gobernador honorario del Banco de Francia. Presentóse como garantía la Convención de Miramar, por muy dura que fuese para Maximiliano, y Francia aseguró su concurso hasta tanto que el archiduque pudiera organizar sus fuerzas militares y su administración civil, haciéndose, por consiguiente, solidaria, hasta cierto punto, del Estado que acababa de crear. Los señores Glyn y C.^a de Inglaterra y el *Credit mobilier* de Francia se encargaron de la operación, pero á título de comisión únicamente, fijándose el tipo de emisión en 63 francos. Al empréstito principal agregóse un empréstito accesorio, siendo entregados al gobierno francés títulos del 6 por 100 por un valor nominal de 66 millones, de los cuales 54 eran una entrega á cuenta del reembolso de los gastos de la expedición y los 12 restantes permitirían asegurar un primer reparto á aquellos de nuestros nacionales que en otro tiempo habían sufrido perjuicios en México. De esta manera Napoleón aparecería á los ojos del Cuerpo legislativo celoso hasta el escrúpulo de la defensa de la hacienda pública de su país.

A pesar del cebo de un interés del 10 por 100, á pesar del apoyo de Francia y á pesar del concurso de los recaudadores generales que unieron sus esfuerzos á los del *Credit mobilier*, el empréstito no se cubrió por completo, y al cabo de algunos meses los títulos habían sufrido una depreciación de diez francos. Si la suerte de los prestamistas fué poco envidiable, no fué mejor la del prestatario: en efecto, el producto de la suscripción no pasó de 100 millones, cantidad de la que había que deducir en primer término los gastos de comisión, de impresión de títulos y otros de índole análoga, y después 47 millones que retenía la Caja de depósitos y consignaciones, 24 aproximadamente en garantía de los intereses de los cuatro primeros semestres, y más de 23 para pagar durante dos años los intereses de los bonos ingleses que habían sido rehabilitados. ¿Qué quedaba después de estas deducciones? 50 millones escasos, y ni aun estos eran de propiedad del Estado mexicano, ya que la mayor parte de ellos podía ser reclamada por Francia, acreedora de México en virtud del tratado de Miramar, bastando apenas el remanente para satisfacer los gastos de establecimiento del nuevo imperio.

Tal fué el resultado irrisorio del empréstito de 1864, que sólo benefició á los ingleses, los cuales canjearon por un papel todavía negociable otro papel que desde hacía tiempo no valía absolutamente nada.

A principios de 1865 hubo en México extraordinaria miseria, haciéndose, por ende, necesario intentar un nuevo esfuerzo. Maximiliano volvió á pedir, naturalmente, el auxilio de Francia, y el gobierno francés, que nada podía obtener del Cuerpo legislativo, creyó que el público respondería mejor á sus planes. La cartera de Hacienda estaba entonces en manos del Sr. Fould, ministro experto y banquero más experto todavía, el cual desplegó en aquel negocio verdadera habilidad; pero esta habilidad fué fatal porque no prolongó la existencia del desgraciado imperio y dió por único resultado menoscabar sensiblemente el ahorro francés. Entre los títulos que comenzaban á circular entre el público, los más favorecidos eran las obligaciones de 500 francos que, emitidas á un tipo inferior, ofrecían el doble cebo de un interés remunerador y de una prima de amortización más ó menos cuantiosa. En vista de esto, se decidió que el nuevo empréstito se haría en títulos de esta clase: el número de obligaciones sería de 500.000, el precio de emisión de 340 francos y 30 francos el interés anual. Al cebo de las primas agregóse el de los lotes, muy importantes, que mantenían constantemente interesado al público; pero lo más original era una combinación que, merced á ciertos descuentos, había de asegurar á los tenedores un segundo reembolso íntegro al cabo de cincuenta años.

Pero, por muy seductoras que fuesen aquellas condiciones para la colocación de fondos, como la fe en el imperio de Maximiliano estaba ya sumamente quebrantada, era preciso robustecerla con un inteligente aparato escénico. A este fin dispúsose una gran representación á beneficio de México: el teatro sería el Palacio Borbón; el empresario, el Sr. Rouher; y el primer actor, un diputado que por feliz coincidencia acababa de regresar de México, traía de allí impresiones frescas y no diría más que *cosas vistas, cosas vividas*. Discutíase precisamente el mensaje, y el día 10 de abril, después de haber repetido Julio Favre sus acostumbradas críticas, se levantó el Sr. Corta, que así se llamaba el diputado viajero; é inmediatamente reinó en el salón un gran silencio, como si todos los presentes estuvieran ávidos de recoger en sus menores detalles aquella deposición de un testigo. La lectura de aquel discurso, que duró dos sesiones, produce actualmente una dolorosa sorpresa. El Sr. Corta había practicado ese sistema de información, el más engañador y fatal de todos, que consiste en formarse ante todo una creencia invariable y luego en no retener, entre todos los hechos observados, más que aquellos que confirman esta creencia. Repitió, aunque con la autoridad de su reciente viaje, todos los rumores que circulaban sobre las fabulosas riquezas de México; ponderó la popularidad de Maximiliano que se apoyaba en los indios, en los conservadores y en todos aquellos que, dentro del partido liberal, conservaban cierta moderación; y rindió homenaje á los consejeros del archiduque, especialmente al Sr. Ramírez, «el sabio ministro de Negocios extranjeros,» saludando de paso á Bazaine, «tan notable político como militar.» Respecto de los recursos de México, exageró los ingresos y atenuó los gas-

tos, contando no sólo todo lo que ingresaba en las cajas, sino también todo lo que hubiera de ingresar en ellas, á no haber sido por el contrabando, por el fraude y por las diversas causas que en todos los países disminuyen la cifra de los impuestos. La Cámara, tan fría la víspera en los asuntos de México y que al siguiente día había de dejarse dominar de nuevo por sus desconfianzas, en aquella sesión se sintió conmovida, y después del señor Corta, «el hombre que había visto,» no quiso escuchar ya á ninguno de los que de oídas hablaban. Sin embargo, escuchó al Sr. Rouher, que dió en aquel concierto la triunfante nota final y que terminó su discurso diciendo que el empréstito estaba suscrito.

En aquel momento la noticia era falsa; dos días después fué verdad, pues un grupo de banqueros hizo la operación por un precio alzado mediante una comisión del 10 por 100: para secundar la empresa echóse mano de todo el personal financiero del Estado; las obligaciones fueron colocadas con inesperada facilidad, y los oficiosos acogieron con ruidoso entusiasmo lo que llamaron un gran triunfo. La verdad es, sin embargo, que aquel triunfo sólo concedía unos meses de tregua á Maximiliano, pues del producto bruto del empréstito había que deducir, además de los gastos de comisión, los descuentos destinados al servicio de intereses, á las primas, á la amortización y á la reconstitución del capital. Además era preciso atender las reclamaciones del gobierno francés que de buena gana habría esperado, pero que, para evitar las críticas del Cuerpo legislativo y dar á su propio presupuesto una apariencia de equilibrio, veíase obligado á mostrarse riguroso. Había que abonar también las indemnizaciones debidas á los residentes extranjeros y que habían sido el origen de la expedición. Por otra parte, México tenía grandes necesidades y, fuera del producto de las aduanas que en ciertas épocas aumentó considerablemente, sus ingresos eran casí-nulos.

Como se ve, cada nuevo recurso era anticipadamente acechado por múltiples acreedores. En las mismas esferas oficiales, lo que se hablaba íntimamente diferenciábase mucho de lo que en público se decía; así el Sr. Fould, al dar cuenta al mariscal Bazaine del éxito del empréstito, predicaba la economía y agregaba: «Esfuerzos como los que se han hecho últimamente no pueden repetirse en mucho tiempo.» Cinco meses después de la triunfante sesión del 10 de abril, pudo verse, por una circunstancia particular, qué confianza inspiraba en realidad la obra de Maximiliano al mundo financiero. Como los títulos del primer empréstito de 6 por 100 eran canjeables por obligaciones de 500 francos, el gobierno francés hizo uso de esta facultad para los 66 millones en títulos que le habían sido entregados, y el *stock* de obligaciones de 500 francos procedentes de este canje fué tomado en firme, al tipo de 300 francos, por el Sr. Pinard, director del *Comptoir d'Escompte*, quien debía entregar el precio total en doce plazos mensuales. Pero en el momento de firmar el contrato, el Sr. Pinard sintió algunos temores y pidió la rescisión de aquél «para el caso de que cayera el gobierno mexicano,» salvedad que aceptó sin objeción el Sr. Fould y que fué consignada en 28 de septiembre de 1865 mediante un cambio de cartas que se unió á la escritura. De modo que *in petto* se desconfiaba y casi se conde-

naba á aquel mismo gobierno cuya solidez se proclamaba desde la tribuna.

Me he detenido algo en describir los apuros financieros de México; pero no acabaría nunca si quisiera mencionar todos los gérmenes de disolución que en su seno llevaba el desdichado imperio. Temerario sería creer que el genio más poderoso habría dominado tantos peligros; y en México no sólo faltó ese genio, sino que faltó á menudo hasta el espíritu político. La obra era ardua y el instrumento que había de realizarla fué mal elegido: Maximiliano estaba dotado de gran inteligencia, de rectas intenciones y de una instrucción poco común; pero las dotes que menos poseía eran precisamente las que se imponen á los hombres y fundan los Estados.

Un error inicial pesó sobre toda su conducta. Imbuido en las doctrinas que habían hecho las delicias de su juventud y que hasta le hicieran un tanto sospechoso en Viena, persuadióse de que el mejor medio de asegurar su popularidad sería presentarse á sus súbditos como príncipe amigo de las luces, liberal y progresista, en lo que como soberano se equivocó en cuanto á tiempo, lugar y circunstancias. Para vencer á los facciosos y reanimar á los tímidos, sólo una cosa era indispensable, á saber, una autoridad firme que no se mostrase nunca vacilante, pues seguros del castigo, los turbulentos se desconcertarían, y á su vez los pusilánimes, teniendo la seguridad de ser protegidos, cobrarían ánimo. El liberalismo moderno, compuesto de ideas eclécticas, de componendas y de llamamientos á los distintos partidos, había de parecer en México versatilidad ó impotencia: los fautores de disturbios habían de temer poco á un príncipe cuyo primer cuidado no fuera aplastarlos; y en cuanto á las masas, el lenguaje de Maximiliano resultaría para ellas ininteligible; habrían comprendido un programa muy sencillo y una ejecución muy rápida, pero todo lo demás no estaba al alcance de su inteligencia, y no sabiendo lo que quería el emperador, persistirían cada vez más en su antigua costumbre de no querer tampoco nada.

El príncipe fué, á lo menos en ciertas ocasiones, laborioso y aplicado, pero tenía siempre fijo el pensamiento en el viejo mundo, cuyas leyes aspiraba á copiar; de aquí que dictara disposiciones muy sabias en teoría que á menudo resultaban muy poco razonables para México. Muchas de las innovaciones más practicables fueron ineficaces por la inercia de los agentes que debían ejecutarlas. Creóse un Consejo de Estado á imitación de los de Europa, se reglamentaron como en Europa las atribuciones de los ministerios y se dividió México en circunscripciones administrativas, judiciales y financieras como si la posesión de aquel territorio fuese real y efectiva; y el único resultado de todo ello fué dar al imperio cierta regularidad burocrática que nada de común tenía con el orden.

Y no es que Maximiliano se confinara en su palacio; muy al contrario, mostraba gran empeño en verlo todo, en inspeccionarlo todo, en enterarse, aun á riesgo de perderse en ellos, de los pormenores más minuciosos. Sus viajes no dejaban de producir excelente efecto, puesto que tenía la elegancia exterior que halaga á los ojos y aun más la bondad que conquista los corazones. Además sentía la pasión de la probidad, y cuando á su paso sorprendía los abusos y las malversaciones, no va-

silaba en castigarlos. Pero su perseverancia no estaba á la altura de su buena voluntad; la suprema categoría que le había alucinado ahora le causaba tedio, y en sus largas expediciones á través de México volvían á apoderarse de él sus primeras pasiones, el arte, la poesía, la observación de la naturaleza. Dando alas á su fantasía, se entretenía estudiando la flora ó contemplando los paisajes de su nueva patria, y más de una vez terminó como turista los viajes que como hombre de Estado y como soldado comenzara: su curiosidad intelectual era grande, pero se extraviaba queriendo fijarse en todo, y tanta atención ponía en sus exploraciones que se olvidaba de dirigir el gobierno de México.

Su alma estaba muy por encima del nivel común: tuvo frases felices y palabras elocuentes; consagróse á honrar todos los recuerdos nacionales, viéndosele celebrar en Dolores, patria del cura Hidalgo, el aniversario de la independencia y rodear de toda suerte de pompas la fiesta nacional de Nuestra Señora de Guadalupe. Ciertas inauguraciones de obras públicas le dieron ocasión para pronunciar sentidos discursos muy propios para conmover los corazones; pero, por desgracia, su criterio no era tan fijo como generosa era su alma, y, absorto por entero en sus ideas de conciliación y de unión nacional, sacrificó á veces todas las conveniencias y hasta su propia dignidad. Un día, olvidándose de quién era, encomió en un acto público «el valor y la constancia de Benito Juárez (1);» y poco después, en 1866, en lo más fuerte de la crisis financiera, ocurriósele conceder una pensión al general Zaragoza, el peor enemigo de la intervención. Maximiliano creíase ser caballeresco cuando en realidad era simplemente cándido.

Maximiliano, dotado de un carácter variable, unas veces se sometía resignado á la adversidad y otras se rebelaba contra ella; en sus arrebatos de actividad aspiraba á dirigirlo todo y luego dejaba sin resolver los asuntos de los cuales había querido conocer; sentía largos abatimientos, que luego volvían á dejar paso á la ilusión; su espíritu, generalmente irresoluto, tenía á veces extrañas obstinaciones; era clemente en el fondo y, sin embargo, firmaba el *decreto de 3 de octubre* que condenaba á muerte á todo enemigo que cayera en nuestras manos. Todos estos contrastes se explican por los inextricables apuros de un gobierno en el que hasta los hombres más fuertes se habrían gastado. El desgraciado emperador, con mano indecisa y como á tientas, buscaba por todas partes el remedio, y así debía flotar entre todo linaje de pensamientos contradictorios hasta el momento en que, no teniendo ya que velar más que por su honor, lo salvaría por entero.

Puso el colmo á las complicaciones la coexistencia de dos autoridades paralelas: Maximiliano por un lado y Bazaine por otro. La condición de estos dos hombres fué tan singular, que la inteligencia no puede concebir nada más extraño: Maximiliano poseía los honores del rango supremo, pero carecía de la principal prerrogativa del poder, pues al mariscal correspondía el mando no sólo del cuerpo expedicionario, sino del ejército mexicano unido al ejército francés, y á él incumbía adoptar, sin intervención de nadie, todas las medidas militares que, según su resultado, habían de conmover ó de con-

(1) Manifiesto de 2 de octubre de 1865.

solidar al nuevo Estado. Si alguien hubiese preguntado al soberano cuáles eran las fronteras de sus dominios, antes de contestar habría tenido que interrogar á Bazaine, único que podía ensanchar ó restringir el radio de su ocupación y fijar, por ende, los límites del imperio. Bazaine, árbitro de la guerra (y de la guerra dependía entonces toda la política), lo era también, en parte, de la Hacienda, pues podía disponer á su antojo los convoyes y los transportes, reparar los caminos y las plazas fuertes, ordenar, en una palabra, todos los gastos á la guerra anexos, y cargarlos luego al presupuesto mexicano. La misma administración civil debía estar indirectamente sometida á Francia, porque las más de las veces no podía vivir sino amparándose en la fuerza pública, de la que disponía exclusivamente el mariscal. Hubiera sido cosa inaudita que una revolución tan completa no hubiese provocado algunas veleidades de rebelión; y en efecto, desde principios de 1865 comenzaron á manifestarse ciertos gérmenes de desavenencia, y al primer fracaso de nuestras tropas, Maximiliano se dió el gusto de criticar las operaciones militares que no tenía el derecho de ordenar. Además, habiendo tenido las autoridades indígenas algunos altercados con los oficiales de nuestro ejército, el emperador escuchó con benévola atención las quejas de sus funcionarios. A todo esto, Bazaine, que quería agradar á Napoleón, quien á su vez deseaba complacer á la opinión pública, ordenó la repatriación de una de sus brigadas, determinación que en México causó gran disgusto, porque, por desgracia de Maximiliano, el gobierno, que se hallaba mal con los franceses, no podía existir sin ellos. Aconteció poco después que, al Norte del imperio, nuestras tropas evacuaron ciertas plazas que ocupaban, y Maximiliano, al tener noticia de esto, quejóse más amargamente que de costumbre, juzgó aquella medida altamente impolítica y acusó al comandante en jefe de debilidad y de inercia.

Todo contribuía á acentuar las divergencias: Maximiliano tenía todas las susceptibilidades de un protegido y Bazaine todas las exigencias de un protector, y para cada cargo formulado por el palacio imperial tenía el cuartel preparada su réplica. Cuando Maximiliano criticaba las operaciones militares, se le hacía presente, con bastante acritud, que después de todo nuestros soldados trabajaban, sufrían y morían para proporcionarle un imperio; cuando el emperador hablaba del efecto funesto de las evacuaciones, Bazaine contestaba que sus batallones no podían estar en todas partes y que la ocasión era muy á propósito para que el partido imperialista afirmara su existencia defendiéndose por sí mismo; y si el príncipe censuraba los rigores de ciertos oficiales, se le replicaba que la autoridad francesa, responsable de la pacificación, era la que debía apreciar los medios más eficaces para realizarla. Los mismos asuntos civiles tampoco se resolvían sin recriminaciones: «Todo está por hacer,» decía Maximiliano, algo desilusionado de México. «Naturalmente, como que no se hace nada,» respondían irónicamente los franceses, citando en apoyo de su afirmación todos los proyectos vagos, todas las huecas teorías que se discutían cerca del soberano.

Sería, sin embargo, un error creer que los disonamientos degeneraron en abierta hostilidad, puesto que durante el año 1865, y aun durante una parte del siguiente,

te, todos procuraron evitar un rompimiento ruidoso. Bazaine en su correspondencia hablaba muy desdeñosamente de la insuficiencia del joven emperador, y éste á su vez pidió en 1865, según parece, la destitución del comandante en jefe; pero el príncipe preciábase de cortés y el mariscal empleaba siempre un lenguaje respetuoso; y cuando en la corte del emperador se formulaban las quejas demasiado ruidosamente, aguzaba aquél el ingenio para calmar á sus amigos. Las desavenencias aparecían á veces disimuladas bajo atenciones que cualquiera habría creído cordiales: en junio de 1865, Bazaine, que acababa de enviudar, iba á casarse con una mexicana, y Maximiliano y Carlota prodigaron en aquella ocasión al mariscal los mayores testimonios de benevolencia y le colmaron de presentes magníficos; el comandante en jefe, por su parte, que conocía los apuros del soberano, procuró, según más adelante veremos, suavizar las instrucciones sobrado duras que en materias financieras recibía de París. De este modo mantúvose hasta los últimos días una apariencia decente que nada tenía de común con la verdadera armonía. Ya llegaría más adelante el momento en que, agriados los ánimos por la adversidad, se romperían para siempre los vínculos, anudados en varias ocasiones y cada vez más frágiles. Sólo una cosa habría podido evitar la ruptura y quizás atenuar el fracaso final, á saber: por parte de Maximiliano esa percepción clara de las cosas, esa posesión vigorosa de sí mismo que se llama sabiduría, y por parte de Bazaine esa noción elevada del deber y ese desinterés leal que en la vida civil y militar se denomina virtud; pero el emperador no había recibido aquel raro don de la naturaleza, y la alabanza de su virtud habría asombrado al propio mariscal.

V

Mientras Maximiliano luchaba contra todas esas dificultades, un temible vecino vigilaba para contener sus progresos ó para precipitar su caída. Una sola alianza habría sido indispensable, la de los Estados Unidos; y no deja de ser interesante estudiar cómo la poderosa república, primero fríamente reservada y después francamente malévolá, acabó por ser totalmente enemiga.

Desde los comienzos de la empresa se había podido ver, por algunos indicios ciertos, cuáles sentimientos dominaban en Washington. Apenas circularon los primeros rumores de la expedición, el gobierno de los Estados Unidos pensó en encargarse, mediante la cesión eventual de algunos territorios ó distritos mineros, de los intereses de la deuda extranjera mexicana. El objeto evidente de esta munificencia inesperada era introducirse en México haciendo ver que le ayudaba, y sobre todo no facilitar pretexto alguno á la intervención europea; pero este expediente fué mal acogido en París, en Londres y en Madrid.

Mas, á pesar de esta oposición, habíase firmado el convenio de 31 de octubre de 1861, y en Francia, en Inglaterra y en España creyóse que sería un paso hábil y amistoso solicitar de los Estados Unidos que se adhirieran al tratado, lo cual nada ofrecía de extraño, pues, to que también la república americana tenía antiguos y numerosos agravios contra México, cuyo territorio había en otro tiempo invadido y hasta comenzado á des-

membrar. Pero en cuanto se habló de intervención, la enemiga de la víspera se convirtió en protegida predilecta, y Mr. Seward, secretario de Negocios extranjeros, contestó con una negativa á las proposiciones de Londres, París y Madrid, y no contento con substraerse á la alianza, en un despacho circular de 3 de marzo de 1862, que tenía todos los visos de una protesta, consignó sus puntos de vista sobre los sucesos mexicanos, protestando contra cualquiera combinación monárquica, juzgando peligrosa esta solución si se ofrecía la corona á un príncipe extranjero, y condenando una forma de gobierno poco compatible con el sistema que tendía á prevalecer en América.

De momento, aquella protesta no causó gran impresión y ¡ojalá que la hubiese producido! Los Estados Unidos, desgarrados por la guerra civil más espantosa, hallábanse en aquella sazón harto preocupados de su conservación propia para diseminar sus fuerzas en el exterior; pero, aunque impotentes para perjudicarnos ó detenernos, no desperdiciaron ninguna ocasión de mostrarnos su mala voluntad. Contribuía á aumentar las desconfianzas la persuasión bastante general en Washington de que Napoleón se inclinaba á los confederados y utilizaría algún día los Estados del Sur para asegurar su obra en México. Varios indicios robustecían esta creencia: el emperador de los franceses había sometido hacía poco á las cortes de Londres y de San Petersburgo un proyecto de mediación entre los beligerantes, y habiendo los ingleses y los rusos juzgado más prudente la abstención, había sugerido la idea de las negociaciones directas entre los dos partidos rivales. Estas tentativas de conciliación disgustaron mucho á los confederados, pues al aconsejar un acuerdo, una transacción, parecía como que Napoleón quisiera poner sobre un pie de igualdad á los dos combatientes, y ¿no llegaría acaso Francia á reconocer la independencia de los Estados del Sur? El gobierno de Washington, inquieto y sobre todo aparentando estarlo, recogía cuantos rumores llegaban de Europa, sin omitir uno solo. En junio de 1863 promovióse en el Parlamento inglés un debate que pareció confirmar todos sus temores: un miembro de la Cámara de los Comunes, Mr. Roebuck, para exhortar al gabinete británico á que reconociera á los Estados sudistas, fundóse en los sentimientos de Napoleón, á quien había visto poco antes en Fontainebleau, y después de haber referido la conversación que con él tuvo, añadió: «El emperador de los franceses no hizo un misterio de sus ideas y aun autorizó para que fuesen expuestas públicamente (1).» Este lenguaje era grave y á propósito para causar sensación; pero habiendo la legación americana formulado sus quejas, el señor Drouyn de Lhuys desautorizó las palabras pronunciadas por Mr. Roebuck, que además fueron desmentidas por *El Monitor*. Mas, á pesar de estas satisfacciones, las huellas del incidente subsistieron; y así el enviado de los Estados Unidos en París, Mr. Dayton, decía: «Hablando de un arreglo envalentonáis á nuestros enemigos.» El Sr. Drouyn de Lhuys rechazaba esos reproches, pero con cierta flojedad, diciendo: «Su Majestad no ha adoptado política alguna respecto del Sur; lo que

(1) Cámara de los Comunes, 30 de junio de 1863 (*Parliamentary debates*, tomo CLXX, pág. 1777).